

ACTUALIDAD DE LA ASCESIS³⁰

Las apariencias no favorecen la ascesis. Sin entrar en detalles que podrían ilustrar muchos carteles de publicidad, es necesario reconocer que la ascesis no es demasiado familiar a la mayoría de aquellos que a menudo se dejan seducir por la “dulce vida de los sentidos, de la opulencia, del poder y de la autosuficiencia”³¹. No obstante esto, la ascesis sigue siendo extrañamente actual, quizás porque su misma austeridad permite al ser que se arriesga a ella alcanzar una cierta cualidad de vida que no le abre ninguno de los caminos fáciles de la “dulce vida”. La misma impugnación que sufre la ascesis, aun en los medios monásticos, no deja de tener, al fin de cuentas, un resultado positivo; se separa de este modo lo esencial de lo relativo y en consecuencia se pone de relieve, al mismo tiempo que su riesgo, la necesidad de la ascesis, su actualidad.

¿Qué es la ascesis?

Es necesario entenderse acerca de las palabras. Se impone una definición. Una definición que al comienzo puede ser general y “neutra”. Pues la gimnasia paciente y laboriosa, el entrenamiento deportivo del atleta, el orden estricto del soldado, el arte de respirar bien del cantante, las escalas de la pianista, en síntesis, toda clase de “training”: todo esto es ascesis. Así se podría definir la ascesis como el conjunto de ejercicios concretos que hacen posible una ejecución. Sin embargo, debemos hacerlo notar, si los ejercicios de la ascesis permiten la ejecución, es porque comprometen también a toda la persona en la conquista, el dominio y el desarrollo de sus diversas potencias. En efecto, más que un esfuerzo aceptado una vez, de paso, se requiere aquí una suma de esfuerzos: esfuerzo corporal y espiritual, esfuerzo que podrá ser fácil, pero que, la mayoría de las veces, tendrá un aspecto penoso, aun aflictivo, pues habrá que velar sobre sí mismo para privarse de ciertas cosas que a uno le agradaban, habrá que elegir y, en consecuencia, renunciar; esfuerzo que habrá que renovar cada día corriendo el riesgo de la monotonía, del aburrimiento, esfuerzo finalmente que deberá ser consciente, explícito, metódico.

³⁰ Tomado de: *Collectanea Cisterciensia*. Tradujo: Hna. Ma. Eugenia Suárez, osb. Santa María Madre de la Iglesia (Uruguay).

En el contexto de la preparación del Congreso de Abades que tuvo lugar en Roma en setiembre de 1970, la Comisión monástica de la Confederación de la Orden de san Benito, había formado varios equipos de reflexión. El fin de esos equipos no era “proporcionar a los abades teorías o soluciones prefabricadas y definitivas, sino ayudarles a tomar una mayor conciencia de los interrogantes y desafíos que el mundo moderno dirige a nuestra vida benedictina; a distinguir mejor en esta ‘contestación’ los elementos valederos y los que no lo son; a sacar partido de ellos para renovar (o, si es necesario purificar) su doctrina y sus actitudes personales sobre algunos puntos; a buscar con confianza las soluciones prácticas, unidos a su comunidad”.

Uno de esos equipos estaba consagrado a la ascesis. Para reunir la documentación necesaria se envió un cuestionario. Sin duda, la manera de hacerlo no era rigurosamente científica; sin embargo era bastante amplio como para ser representativo. De este modo se consultó a nombres y mujeres de nuestro mundo moderno, de todas las edades y condiciones, obispos, sacerdotes, religiosos, monjes y monjas, matrimonios, militantes de Acción Católica de todas las partes del mundo. De los 173 ejemplares del cuestionario que se enviaron, se recibieron 58 respuestas.

Partiendo de estas respuestas se elaboró un primer trabajo de síntesis, y en base a él se redactó luego la relación que se debía someter a la consideración de la Comisión monástica, con ocasión de su reunión en Oxford, del 9 al 12 de diciembre de 1969. Teniendo en cuenta esos trabajos se redactaron las líneas siguientes. Quisiéramos devolver el mérito a sus verdaderos autores, aunque permanezcan en el anonimato, y, por razón de método y de brevedad, hayamos renunciado a citar literalmente las respuestas al cuestionario. No obstante, las ideas y las palabras que las expresan proceden de esa fuente.

³¹ PABLO VI, *Mensaje pascual 1969. Doc. Cath. LXVI* (1969) 410.

Esto es precisamente la ascesis. Sus comienzos no son fáciles ni agradables. El esfuerzo total que ella exige aparece entonces como una real afirmación, de la resolución interior de la que está animado el asceta: le es necesario sobrepasarse a sí mismo si quiere alcanzar el fin que se ha fijado, el mayor, el mejor, el *récord*.

En este esfuerzo de la persona por afirmarse en una tensión hacia un más allá que sobrepasa los horizontes conocidos, se encuentra el sentido de los ejercicios ascéticos. Ni el entrenamiento del atleta, ni el orden estricto del soldado, ni la respiración, ni las escalas tienen su fin en sí mismos. La ascesis no es gimnasia a la que le basta modelar un cuerno plásticamente perfecto. ¿Para qué sirve entonces esa resolución interior? ¿Cuál es el objetivo preciso de semejante esfuerzo ascético?

Cualquiera sea el fin que se persigue, récord deportivo, exactitud para todo tipo de maniobras, perfección del intérprete, el que se somete a semejante ascesis parece adquirir una cierta libertad. Libertad respecto de sí mismo, libertad respecto a todo lo que rodea y que ya no podrá impedir que se alcance el fin. ¿Pero cómo no ampliar aquí el ángulo de visión? Pues las necesidades que solicitan al hombre, lo hostigan, lo constriñen, son múltiples y diversas: tabaco, alcohol, ocios, *mass-media*, pero además el dinero, la comida, el sexo. Liberarse de ellos, o, por lo menos, no ser su esclavo ¿de qué serviría? ¿No sería como se ha podido decir “progresar en el *optimum* humano”? ¿No sería llegar a una percepción más exacta de las mismas realidades del mundo? En el límite de su neutralidad, el dominio de sí, que se supone procura normalmente la ascesis, permite también descubrir un sentido nuevo de la vida.

Dentro de esta novedad se sitúa muy bien la ascesis cristiana. ¿Acaso Cristo resucitado no ha traído consigo toda novedad?³² Para el cristiano el sentido nuevo que la ascesis permite descubrir a la vida, se encuentra en Cristo, principio de la nueva creación³³. Por eso, la ascesis cristiana no se definirá solamente por su referencia teologal, que comparte con otras ascesis de tipo religioso, sino por su referencia a Cristo.

Así como la ascesis no puede ser en-sí, tampoco puede desprenderse de un todo. Para el creyente, ese todo es agradar a Dios, abrirse cada vez más a su acción que es Espíritu, a fin de unirse más y más íntimamente a él. En términos evangélicos, se trata de dejarlo todo para seguir a Cristo. A este nivel, la fe da a la ascesis el sentido muy preciso de un compromiso, de un combate contra los obstáculos que, dentro y fuera, se oponen al reino de la “justicia”. “Cuando erais esclavos del pecado, erais libres respecto de la justicia. ¿Qué fruto recogisteis entonces de las acciones de las que hoy os avergonzáis? Pues su fin es la muerte. Pero ahora, liberados del pecado v sirviendo a Dios, fructificáis para la santidad y su fin, es la vida eterna” (*Rm* 6,20-23). Es en el misterio de la muerte y la resurrección de Cristo donde estamos liberados del pecado. Y Dios nos salva “no por los méritos de nuestras obras de justicia, sino por su misericordia, mediante el baño de regeneración y la renovación del Espíritu Santo” (*Tt* 3,5). Esto es lo que cierra las puertas a todo pelagianismo, como lo ha señalado el P. Schillebeeckx; si “la ascesis es un esfuerzo consciente, explícito y metódico para alcanzar la perfección de la caridad” es porque es “principalmente una obra de la gracia de Dios, pero en y a través de una actividad humana, psicológica y libre”³⁴.

La ascesis cristiana, suscitada por Dios, aparece entonces como la expresión de la actividad del hombre que se prepara para acoger el don de Dios v va responde a él. Así respondían los primeros oyentes del mensaje evangélico, en la disponibilidad más perfecta al anuncio de la Palabra salvadora. “¿Qué debemos hacer? Convertíos y haceos bautizar” (*Hch* 2,36-37). Convertíos, *metanoésete*: no se trata solamente de un simple cambio de mentalidad, se trata, precisará san Pablo, de no tener otros sentimientos que los de Cristo Jesús, *phroneite*, se trata de

³² IRENEO DE LYON, *Adv. Haer.* IV,34,1; PG 7,1083 C.

³³ Cf. *2 Co* 5,17. 21: *Ga* 5,1 ss.

³⁴ E. SCHILLEBEECKX, *Tijdschrift voor Geestelijk leven*, 1947, I, 304.

negarse a sí mismo y de tomar su cruz en seguimiento de aquel que, por amor y obediencia, se anonadó a sí mismo hasta la muerte y muerte de cruz (cf. *Flp* 2,5 ss.; *Mt* 16,24 ss.). No se trata tanto de una imitación material del comportamiento de Jesús, sobre el cual, aparte el ayuno de cuarenta días en el desierto, y las vigalias en oración, sabemos muy poco, sino que la ascesis del cristiano es más bien una participación en la pasión de Cristo en el humilde cotidiano que el espíritu de las bienaventuranzas transfigura por la fe en la Resurrección. Así “completo en mi carne lo que falta a los sufrimientos de Cristo por su Cuerpo, que es la Iglesia” (*Col* 1,24).

Pues la ascesis cristiana implica, y necesariamente, una dimensión eclesial. La cruz es el signo del Reino. Es el precio de ese valor esencial, perla única, por la cual el hombre renuncia a todo lo que posee. Pero por más personal que sea el paso de la ascesis, ella no alcanzará su pleno significado en un corazón cristiano sino en la comunión de todas la Iglesia donde mantiene una especie de estado de alerta permanente. “Inquietum cor nostrum donec requiescat in Te”. No hay reposo fuera de aquel que nos ha creado, no hay reposo mientras se oculte la presencia que, sin embargo, está allí. En la Iglesia, la ascesis es el medio por el cual la preocupación por el Reino llega a ser central.

Lo que precede es válido para todo hombre que ha oído el Evangelio, cree en él y se esfuerza por conformar a él su vida. ¿Existe una ascesis diferente para el monje? Eterna pregunta que en nuestros días vuelve a aparecer frecuentemente en distintas ocasiones. Se debe al hecho de que el monje cristiano se caracteriza por una doble pertenencia: siendo un bautizado, elige la vía monástica para vivir su condición cristiana. Ahora bien, esta vía monástica no es propia del cristianismo. Pero, por un conjunto de prácticas ascéticas, ayuda eficazmente al cristiano que la sigue a desarrollar en si un cierto tipo de atención exclusiva al Reino de Dios.

¿Podemos precisar más? Para hacerlo es necesario precisar el proyecto monástico. El Concilio Vaticano II asigna a los monjes como principal oficio, “el humilde y noble servicio de la divina Majestad en el recinto del monasterio”³⁵. Cualesquiera sean las posibilidades indicadas luego por el decreto “*Perfectae Caritatis*”, hay allí una opción decisiva, pues en ese objetivo único se determina la *intentio principalis* de la vida y la concentración del ser. De tal modo, en nuestra tradición cristiana, el término monje, *monos*, evoca ya, si no es determinado por él³⁶, ese esfuerzo de unificación de todo el ser que redundando sobre la vida, purificando el corazón de un hombre que renuncia a todo para buscar a Dios y servirle en el silencio y la soledad, va sea en compañía de otros hermanos, “bajo una Regla y un abad”, ya sea “en el combate individual del desierto”³⁷. Mientras permanecemos en este terreno de los principios, las cosas podrían ser todavía muy simples. La ascesis monástica aparecería entonces como una especialización de la ascesis cristiana, ya sea en una conciencia más viva de la escatología, ya en una búsqueda más ardiente de las “invisibilia Dei”.

Pero la ascesis monástica, como la ascesis cristiana en general, emplea ciertos medios. Precisamente a propósito de estos medios es que la puesta al día conciliar ha hecho surgir algunos problemas.

Los medios de la ascesis

“Aunque esta ascesis sea en primer lugar un esfuerzo interior, no puede prescindir de esos actos exteriores de penitencia, que son signos y medios de conversión a Dios y de progreso en la caridad”³⁸. Este pasaje de *La vida benedictina* delimita exactamente el conjunto de problemas que plantea la ascesis monástica: no se impugna el esfuerzo interior sino más bien son los actos exteriores de penitencia en sus formas concretas que, por otra parte, corresponde “a cada

³⁵ VATICANO II, *Perfectae Caritatis* N° 9.

³⁶ Ps. DIONISIO AREOPAGITA, *Jerarquía eclesiástica* VI,3; PG 3,533 A.

³⁷ Regla de san Benito I.

³⁸ *La vida benedictina*, proposiciones aprobadas por el Congreso de Abades, 1967, 22, d.

monasterio renovar”³⁹, los que constituyen una dificultad para las personas y para las comunidades.

De una manera general se rechazan abiertamente los medios ascéticos puramente aflictivos, o demasiado materiales en su repetición, o aun demasiado tributarios de un cierto marco, sociológico o histórico, va superado. Ya no se comprende, por ejemplo, el sentido de la disciplina o el cilicio. Algunos arguyen respecto del Señor Jesús: él se dejaba flagelar sin abrir la boca, entregado a las manos de los hombres, pero los Evangelios no cuentan que se haya flagelado a sí mismo. Si se quiere comulgar con sus sufrimientos hay otros medios menos artificiales. Y también, como decía un antiguo abad, ¿para qué llevar un cilicio, si uno mismo es un cilicio para sus hermanos?

Por otra parte, en la fidelidad al ideal, se llegó a transformar en ascesis ciertas formas de vida antes corrientes y de uso común, “en aquellos tiempos”: camisas ásperas, iluminación a vela, instalaciones de tocador reducidas, etc. El progreso hizo caducas estas formas de vida. Sin embargo se las ha conservado a título de ascesis. Es cierto que es una ascesis no tener su comodidad. Pero si los medios ascéticos pretenden verdaderamente significar algo, es importante que sean, como el lenguaje, adaptados a la antropología real, a la psicología del hombre que los emplea.

Este rechazo de lo in-auténtico, de lo no-significativo no es de ninguna manera un rechazo puro y simple de todo medio ascético. Se trata simplemente –y honestamente– de hacer una selección, de abandonar lo que ya no significa nada, y renovar desde el interior, “redescubrir” los medios que “le pegan” al hombre en lo que sigue siendo a través de todos los cambios de las civilizaciones. Pues el hombre es el hombre, y los grandes medios tradicionales que han demostrado su eficacia conservan su actualidad.

En primer lugar, *el ayuno*. Es sintomática la mayoría que se declara en su favor⁴⁰. Es verdad que por parte de los médicos no faltan voces autorizadas que atestiguan el valor higiénico del ayuno, por lo menos en los países ricos. Sin descuidar este valor, se prestará más atención evidentemente al hecho de que el dominio sobre la necesidad de comer libera la vida del espíritu una que se ha superado un cierto umbral de acostumbamiento. El ayuno afirma la libertad del que ayuna con respecto al hábito, pero también con respecto a la gula, al dejarse estar. “Reprime las malas inclinaciones, eleva nuestros espíritus” haciendo participar a nuestros cuerpos del compromiso de nuestra fe. Así el ayuno se emparenta con un sacrificio cultural: uno se priva de algo no solo precioso sino vital, uno quema sus reservas, por amor y en honor de Dios.

El ayuno ha estado vinculado tradicionalmente a la *limosna*. En nuestros días este valor de solidaridad tiende a predominar y a veces a dar una significación política al ayuno, ya sea que por él se quiera manifestar que uno pretende compartir la suerte de los que tienen hambre, ya sea que se sirva del ayuno, a imitación de Gandhi, como de un arma no-violenta para reivindicar en favor de una causa. De manera más corriente en los monasterios la limosna de Cuaresma, por ejemplo, afirma que no se olvida este valor de solidaridad y cada uno, al ayunar, puede tomar parte en la limosna que dará la comunidad.

Por lo mismo que el ayuno es una restricción, restricción más o menos completa sobre la comida ¿no sería posible extender la restricción a otros dominios? De este modo ¿se daría la posibilidad de ayunar a muchos que por razones diversas están excluidos de hacerlo? Sin embargo no debemos engañarnos respecto de las palabras ni transferir abusivamente una palabra de sentido preciso y técnico a toda clase de necesidades. ¿Es ayunar el no fumar? ¿Es ayunar privarse de información? Y la continencia no es el ayuno.

³⁹ *Ibid.*

⁴⁰ *La vida benedictina, loc. cit.*

Otro medio de ascesis tradicional: la *vigilia*. Como en el caso del ayuno, se trata de restringirse en una necesidad vital, el sueño. Pero, después de todo, no dudamos en dejar el sueño por tantas razones, ¿por qué no lo haríamos para orar? Los salmos y muchos pasajes del Antiguo y Nuevo Testamento lo sugieren. La indicación no debe pasar inadvertida a la ascesis cristiana. Sobre todo el que por profesión consagra su vida a la oración debe mantenerse en vela en la espera de Aquel que viene.

La misma *oración* ¿no tiene ciertos aspectos ascéticos? Por el silencio que es su clima necesario, por la repetición de algunos ejercicios tales como la meditación o la lectura espiritual, la oración secreta exige una ascesis. Del mismo modo la Liturgia en la ejecución del “*pensum servitutis nostrae*”. Esta ascesis litúrgica puede tener diversos elementos: la humilde sumisión a las prescripciones de las rúbricas o del ceremonial, la monotonía de la repetición de los mismos oficios a las mismas horas... La mayor parte del tiempo, el aspecto ascético que traerá consigo inevitablemente la Obra de Dios se deberá al hecho de que los que la ejecutan se encuentran enfrentados al mismo tiempo al Misterio de la Majestad Divina, y a la realidad muy humana del vecindario: allí se dejan sentir mil espinas de disensión, y esto se da tanto en la celebración del Oficio como en la convocación de los hermanos a consejo y en la vida de obediencia fraterna.

En el fondo, lo que la Liturgia ilustra a su manera, son los recursos ascéticos de nuestro haz de *relaciones*. Vida común, vida de obediencia: en efecto, ¿quién no sabe reconocer en ella el recinto de la lucha contra el egoísmo y la voluntad de poder?

No podríamos pretender enumerar todos los medios de ascesis que contiene la vida monástica vivida con seriedad. Señalemos sin embargo una serie de medios tanto más específicos de la ascesis monástica cuanto que tocan al *silencio*, a la *soledad* y, para decirlo en una palabra, a la *austeridad* de una vida que no puede abandonar la penitencia, “penitencia gozosa”, sin renegarse a sí misma.

Nos damos cuenta sin dificultad de que el esfuerzo de renovación alcanzará a muchos de esos medios. Especialmente los medios que tienen como fin el dominio de sí se podrán beneficiar de los actuales intercambios entre Oriente y Occidente (yoga, zen...), así como del aporte de la psicología moderna. Tal vez, quizás, se podrá pedir a la psicología, con todas las precauciones necesarias, una ayuda para la renovación de los medios que favorecen la vida de relación. Y no solamente para “arreglar los casos”, sino para promover la vida de comunidad donde muchos sufren al no encontrar una verdadera comunión de personas.

El *trabajo* ofrece un terreno de elección a la ascesis monástica. Es un elemento importante para el hombre contemporáneo y los monjes están, en conjunto, muy sensibilizados frente al deber que tienen “para ser verdaderamente monjes”, de vivir del trabajo de sus manos “como nuestros padres y los Apóstoles”. Sin embargo, ya se trate de trabajo intelectual o manual, el estilo monástico de realizarlo pondrá en juego diversas formas de auténtica ascesis: conciencia profesional y no chapucería de aficionado; sentido del trabajo de equipo y no un montón de iniciativas privadas que la autoridad se esfuerza por coordinar cueste lo que cueste; cuidado de información por parte de los responsables; también una cierta calma que debe mantener libre de la fiebre del rendimiento. Pero ciertamente esto desborda el marco estricto de la ascesis y toca el problema tan delicado de la inserción de la economía monástica en la economía general del mundo actual.

Otro terreno se ofrece cada vez más a la ascesis: el uso de los *mass-media*. Prescindir completamente de ellos es una solución radical. Mas generalmente, por necesidad o por cierto sentido de solidaridad humana, la información penetra en los monasterios en grados diversos. El dominio con el que cada uno se servirá de ella corresponde evidentemente a la ascesis. También corresponde a la ascesis el uso de los *tiempos libres* que uno llega a encontrar aun en un horario muy estricto y sujeto a la obediencia. Pero tanto mejor, después de todo si este tiempo sirve para

el estudio de un arte –¡el violón de Ingres!– o de una lengua viva, o para practicar un deporte: ¡en todos estos casos hay materia para la ascesis!

Examinando de cerca estos medios a los cuales la vida moderna da una nueva actualidad, notamos que, de hecho, se refieren a la *pobreza*. Por esta razón tienen un alcance más general, pues aunque es verdad que el uso de los diarios o de la radio es diferente en los Estados Unidos, en Europa o en la India, una actitud interior y exterior de pobreza dará testimonio en todo lugar de la seriedad de la ascesis de un hombre que hace profesión de renunciar a todo para seguir a Cristo.

Los problemas de la ascesis

Y he aquí al asceta entregado a sí mismo. Si la ascesis plantea problemas, ¿no es, en efecto, porque a menudo no es vivida para su fin propio? Se olvida que si uno se priva de algo, es porque se elige otra cosa, o a Alguien. O bien se quiere realizar un ejercicio propio –tal vez una “performance”, como los Ancianos del desierto, que sin embargo, nos hacen sonreír– antes que aceptar una elección que Dios nos ofrece, antes que aceptar la realidad.

En ese caso opondremos la ascesis al Evangelio, presentándola como sospechosa en nombre de una fidelidad al mensaje liberador, una fidelidad, que se querrá, por ejemplo, más radical pero en un marco más flexible. Semejante oposición demuestra suficientemente que entonces se hace de la ascesis sólo un método y no la traducción, en el conjunto del comportamiento humano, de una vida en seguimiento de Cristo, con Él.

Sucede también que se impugna la ascesis monástica en nombre de la antropología moderna. Al hombre moderno, es verdad, no le gusta que se insista sobre el aspecto negativo de las cosas. El hombre moderno tiene el sentido de la eficacia y una repugnancia por los medios que son muy poco eficaces dado que hay que retomarlos todos los días. Por lo demás, al hombre moderno le gusta el cambio. Además, es necesario decirlo, aunque cuide su cuerpo y su línea, percibe con dificultad el papel que esto tiene en la aventura espiritual. Por todas estas razones ¿para qué la ascesis? Por todas estas razones. De ellas la más grave es quizás esa desestima de la mediación corporal. Pues prácticamente, aun cuando admiremos a aquellos que, a través de su cuerpo saben expresar lo más noble de sí mismos, no lo aceptamos para nosotros mismos, dudamos de la influencia sanante que la vida de fe, y en consecuencia la gracia mejor acogida, podría ejercer sobre el psiquismo del hombre pecador. Luis Cognet lo señalaba en 1967: “Si la presencia de Dios en nosotros es una realidad, y no solamente una teoría, ¿por qué esta realidad no va a ejercer una acción sobre lo más profundo de nuestro ser espiritual?”⁴¹.

Sin duda también habría que volver a colocar la ascesis en el contexto de una teología de los valores terrenos. De este modo se verá mejor que la ascesis no es renuncia “despreciativa” del mundo material en cuanto tal –lo que sería platónico– ni negación de la humanidad del hombre que habría que mutilar de una u otra manera sino que se dirige más bien a favorecer el reconocimiento de Dios en el mundo como Creador, Salvador y Señor. Se trata de purificar el corazón para que la mirada se haga más clara. ¿Qué puede haber que favorezca más el desarrollo? Y vienen a la memoria las palabras de Ireneo: “La gloria de Dios es el hombre vivo; la vida del hombre, es ver a Dios”⁴².

Se podría reprochar a todo lo que precede el permanecer en un punto de vista individualista. Es verdad. También es verdad que el designio de Dios, por lo mismo que pasa por lo secreto de cada corazón, es eminentemente personal. Y no es cuestión de trastornar las leves de ese juego de la libertad y de la gracia que se percibe en la ascesis. Sin embargo, el monje de san Benito

⁴¹ L. COGNET, *La prière du chrétien*, Paris 1967, p. 174.

⁴² IRENEO DE LYON, *Adv. Haer.* IV,20,7; PG 7,1057 B.

que vive bajo una *Regla* y un Abad, vive también en una comunidad fraterna –“*fraterna ex acie*”–: su ascesis personal tiene entonces una dimensión comunitaria.

El valor ascético debe entrar a este título, en el proyecto espiritual de base sobre el que se funda la *intentio communis* de la familia monástica en las perspectivas de la *Regla* de san Benito. Este punto no deja de tener importancia en un período de “aggiornamento”. Aunque la penitencia gozosa sea una nota de los institutos consagrados íntegramente a la contemplación⁴³, no obstante, volvámoslo a repetir, no podría estar ausente ni del ideal ni de las observancias monásticas. “La vida del monje debería responder en todo tiempo a una observancia de Cuaresma”⁴⁴. Sin duda el mismo espíritu de la *Regla* benedictina sugiere que la ascesis colectiva se establezca sobre la base de un *mínimum* accesible a todos, y ésta es una de las responsabilidades del abad⁴⁵. Pero la famosa discreción, madre de virtudes, al permitir que los débiles no se sientan tentados de huir, no debe impedir que en la misma práctica comunitaria permanezca abierta la posibilidad de que los individuos vayan más allá.

Sabemos qué es lo que preserva de la vanagloria a esta generosidad de los fuertes: el control del padre espiritual. De hecho, la experiencia ha mostrado suficientemente la importancia de que ayunos, vigiliias y todas las demás prácticas ascéticas permanezcan sometidas a esta apertura que, por lo menos, los conserva en la pureza de su impulso. Pero ¿por qué no agregar a este control de la autoridad otro *test* de la ascesis que sería la alegría? El aumento penitencial no podría darse fuera de un cierto ambiente de alegría. La *Regla* benedictina habla precisamente de ello a propósito de la Cuaresma: se trata de la alegría del Espíritu. ¿Asunto personal? Sin duda, pero que afecta muy de cerca el clima de toda la comunidad. Pues, en definitiva, si la ascesis tiene como fin liberar la caridad en sus múltiples dimensiones relacionales, comprendemos que una ascesis que se practica en la alegría contribuirá eficazmente a disipar las tensiones de una comunidad donde puede suceder, por ejemplo, que los jóvenes y los ancianos perciban de manera diferente la significación de un determinado uso penitencial.

¿Un camino para la renovación de la ascesis?

A partir de estas anotaciones, ¿es posible esbozar, como conclusión, un camino para la renovación de la ascesis monástica? La pretensión es quizás muy grande, y es imposible precisar los detalles, precisamente porque esta renovación le corresponde a la comunidad y no existe una comunidad ideal sino comunidades concretas y diversas; también porque las respuestas a un cuestionario pueden con más facilidad sensibilizar respecto de un problema que indicar una solución inmediata. Además, trazar, aunque fuera a grandes rasgos, una antropología monástica –¿qué es el *homo monasticus*?– nos llevaría muy lejos, aun cuando la incidencia de tal antropología pudiera ser decisiva en lo que se refiere a la ascesis. Entonces tal vez basten por el momento dos mojones en el camino.

El primer mojón es *una cierta aceptación de la relatividad de los medios ascéticos*. La experiencia de los antiguos, así como la enseñanza de los autores espirituales, demuestra que estos medios y su empleo varían de tina manera sensible según los individuos y las etapas del itinerario espiritual. Pero aunque permanezca la necesidad de mortificar los vicios y los apetitos de la carne y aun de toda la “naturaleza”, para revestir el hombre nuevo⁴⁶, esto no impide que los recursos divinos sean múltiples y maravillosamente aptos para cada uno. De este modo cada vocación es tributaria de un conjunto de circunstancias donde se entremezclan historia y civilización, mentalidad general y temperamento particular. Por uno a quien aprovecha el ayuno hay otro que se debilita hasta tal punto que no puede hacer nada. Y la *Regla* de san Benito prevé el caso de un monje incapaz de meditar o leer el domingo: que se le dé entonces un trabajo. En

⁴³ VATICANO II, *Perfectae Caritatis*, N° 7.

⁴⁴ *Regla* de san Benito, 49, según la traducción de E. de SOLMS, Brujas 1965.

⁴⁵ *Regla* de san Benito, 64.

⁴⁶ SAN JUAN DE LA CRUZ, *La llama de amor viva*, estr. II, vers. 6.

efecto es mejor trabajar aunque sea domingo, que estar ocioso. He aquí la relatividad de los medios. Observaciones de buen sentido se dirá, y que son evidentes. Sin duda. Sin embargo quizás no sea vano recordarlas, aunque solo fuera para “desdramatizar” algunas reacciones frente a la evolución de los medios ascéticos. Al ver desaparecer una u otra observancia, se puede temer que, por poco, el ideal desaparezca con ella, deshilachándose, dado que está tejido con esos mil detalles de cada día. Este temor no deja de tener fundamento en la medida en que, bajo pretexto de “aggiornamento”, se dé libre curso a un deseo más o menos consciente de facilidad. “Si la sal se vuelve sosa, ¿con qué se la sazonará?” (*Lc* 14,34).

Aquí se sitúa el segundo mojón: *volver a centrar la vida sobre lo esencial*. “La vida es más que la comida y el cuerpo más que el vestido” (*Lc* 12,23). En tanto no se haya dado a la propia vida el impulso que solamente la caridad le puede imprimir, se permanecerá por debajo de un cierto umbral y el corazón no se dilatará porque, precisamente, no se corre por el camino de los mandamientos con la inenarrable dulzura del amor⁴⁷. Entonces, con esa velocidad reducida uno se viene abajo. Los ejercicios y prácticas, aunque se cumplan con una fidelidad puntual no dan los resultados esperados.

Uno se siente secretamente decepcionado. ¿Qué hay de sorprendente en esto? Se trata de personas que permanecen replegadas sobre sí mismas. Ahora bien, lo hemos dicho, el sentido de la ascesis está más allá de ella misma. Está en la libertad, está “en la conversión a Dios y el progreso en la caridad”⁴⁸. Estos son los objetivos de la ascesis. Aún más, solo una cosa es necesaria: amar. Esta es la razón por la que el monje de san Benito renuncia a todo: “no anteponer nada al amor de Cristo”.

En la práctica de este único mandamiento, al que ordenaremos todo lo demás, empezando por el “condicionamiento” monástico tal como lo precisa la *Regla*, la vida estará verdaderamente centrada en lo esencial, el Reino que hay que buscar en primer lugar. Pero “el Reino de Dios no es cuestión de comida ni de bebida, es justicia, paz y alegría en el Espíritu Santo. El que sirve a Cristo de este modo es agradable a Dios y acepto a los hombres. Busquemos entonces lo que favorece la paz y la edificación mutua” (*Rm* 14,17-19).

*Abbaye de Scourmount
Forges - Bélgica*

⁴⁷ Cf. P. R. REGAMEY, *Portrait spirituel du chrétien*, Paris, 1963, pp. 167 ss.

⁴⁸ *La vida benedictina*, loc. cit.